

Relato breve de un Porque no.

Sacar las llaves del bolsillo. Difícil tarea en según qué circunstancias (llaveros grandes y cargados, bolsillos pequeños, pantalones ajustados...).

Acercándose al portal, Mario va recordando cómo a los pocos días de comentarle a Sonia que odiaba los llaveros grandes, ella, haciendo gala de ese don femenino para contrariar al hombre, le regaló un precioso llavero del que pendía una bola de billar casi de tamaño real:

-Toma, para tí que te gusta el billar.

-Gracias (para mí que odio los llaveros grandes).

Ningún hombre enamorado, sin embargo, habría sido capaz de no hacer uso del regalo que su amada le había hecho con la más retorcida de sus intenciones.

Así que ahí viene Mario, caminando por esa calle estancada de la ciudad, y haciendo lo imposible por sacar la bola de billar del interior de los vaqueros austados y recién lavados que incomodan mucho más la acción ya de por sí complicada.

Alternando un tirón de llavero con cada paso que da, va pensando que subir a casa hoy es casi una obligación, porque habrán venido de Palencia tío Andrés y tía Julia, y la verdad es que han cambiado mucho desde que pasó lo del primo Simón.

El muchacho que quería ser escritor, después de leer a Cortázar se deprimió tanto pensando que él nunca llegaría a escribir así, que en un ataque de rabiosa impotencia, comenzó a golpearse la cabeza contra la máquina de escribir. Se mató.

Desde entonces, tío Andrés no dice ni palabra. Sólo se sienta y fuma en pipa. Tía Julia, sin embargo, intenta superarlo hablando sin parar de cosas poco interesantes, aparentando que no le afecta lo sucedido.

Por eso Mario, aunque sigue tirando del llavero que ahora se ha enganchado en el paquete de chicles, comienza a acalorarse imaginando que la situación va a ser tensa, sobre todo si tía Julia se dedica a atosigarle con continuos *cuánto has crecido, cómo has cambiado, tendrás ya novia*, y el tipo de frases a las que recurre la familia cuando es poco familia y los amigos cuando son poco amigos.

Y Mario, que, sudando, camina ya en postura escorzada, con ambas manos en el interior de su bolsillo derecho y tirando sin que haya manera, decide de repente calmarse, olvidarlo todo y, tranquilamente, pasar de largo por su portal, porque no, él no tiene por qué aceptar regalos que no quiere, ni aguantar situaciones tensas, y mañana la chica de la tienda volverá a sonreírle, y amor, y flores...



Inigo E. Garacibar